

Agradecer a nuestros sacerdotes

En la actualidad el ataque hacia nuestros sacerdotes es implacable, y muchas de las veces injustos, como laicos nos convertimos en inquisidores por faltas que muchas veces solo son producto de la imaginación. Es tiempo de darles las gracias a nuestros sacerdotes porque están allí, calmados en el confesionario esperando a que nosotros nos acerquemos al sacramento del perdón y en nuestra arrogancia no percibimos su acto de espera con devoción.



Agradecer que cada domingo preparen una homilía que llegue a nuestro corazón para así anunciarnos con alegría el Evangelio, y con ello despertar de nuestro letargo en ese mutismo que tenemos frente a Cristo.

Agradecer que se encuentren dispuestos a escucharnos y aconsejarnos; que se conviertan en amigos y grandes conversadores; agradecer que cada sermón tenga emoción para que nosotros como laicos pongamos atención.

Gracias a la tecnología también los tenemos cerca y se convierten en una guía espiritual para los momentos de dudas, complicaciones y aturdimiento.

Muchos de nuestros sacerdotes responden los correos electrónicos –incluso– aquellos que

llegan en forma de anónimo para brindarnos consuelo. Y nosotros como laico tenemos que agradecer su tiempo y dedicación.

Agradecer que cuiden de nuestros templos, que los remodelan y los hacen armoniosos a nuestros ojos. Los sacerdotes son vigilantes incansables de su rebaño, pero también recordemos que son humanos y no por ello están exentos de cometer un error o tener mal humor un día convencional.

Así como ellos están para escucharnos nosotros los laicos debemos de comprenderlos, su profesión sacerdotal amerita intuición y un poco más de humanización de parte nuestra.

Recordemos que ellos son un puente humano para poder encontrar la gracia santificadora de Cristo; y así como Cristo se hizo

hombre también fue sacerdote.

La misión sacerdotal no es una tarea fácil, como para que en un momento cualquiera la echemos a bajo por un comentario petulante que destruye en muchos casos el ánimo de nuestro sacerdote, ayudémosle a construir una Iglesia viva para convivir con Dios. Seamos laicos agradecidos.

Por: María Velázquez Dorantes / mvdorantes@yahoo.com.mx